

# INAUGURACIÓN DEL INSTITUTO NACIONAL DE CARDIOLOGÍA

20 de abril de 1944

*Señor presidente de la república:*

*Señor secretario de Salubridad y Asistencia:*

*Señoras, señores:*

Este Instituto Nacional de Cardiología, que nace hoy bajo el signo de vuestra presencia, no es, en el panorama científico de México, una obra que surja de la nada, sin raíces que la nutran y sin pasado que la vivifique. Su pasado y su raigambre están en el Hospital General, en el viejo Servicio de Cardiología, que hoy muere, cubierta ya su etapa, para dejar que viva y lo prolongue este nuevo Instituto.



Aquel viejo Servicio, pequeño y miserable cuando se abrió hace veinte años, no tenía como sello de unidad más que el hecho de tener alineadas, unas junto a otras, las camas de los cardiacos. Por único equipo, la clásica toalla de auscultar y un estetoscopio; por único personal, un médico interno y un practicante para ayudar al jefe; por único estímulo, el silencio receloso hecho de duda o de incompreensión.

Fue la hora de gesta, la época heroica, en que una especialidad iba a nacer en nuestro

medio y en que era preciso para que naciera, convencer a todos de la utilidad de su advenimiento.

Antes de tres años el Servicio de Cardiología fue al fin reconocido oficialmente, bajo el apremio generoso del director, don Genaro Escalona. Y llegó el día en que nos ampliaron el local y en que nos dieron los medios indispensables de trabajo. El equipo con que fuimos dotados nos pareció fantástico: tuvimos el primer electrocardiógrafo que haya tenido un hospital, un minúsculo aparato de rayos X, y un corto instrumental de laboratorio.

Fue en ese día, el 16 de julio de 1927, un día de gloria para el Servicio. Allí comienza su historia, de allí arranca su auge. Afluyeron alumnos y aun jóvenes médicos, deseosos de conocer la nueva disciplina; se comenzó por estudiar y dominar las técnicas, se confrontaron las doctrinas y después se iniciaron estudios de aportación personal; pero, sobre todo, se perfilaron vocaciones. Los jóvenes de esos días, madurados en el estudio, forjados en la dura experiencia, son los hombres que hoy reciben este Instituto, sea como clínicos, sea como profesores o como investigadores. Durante diecisiete años,

día tras día, a lo largo de mañanas fecundas, se fue formando el grupo que estudiaba, que discutía y buscaba inquietamente su camino.

Al correr del tiempo, el Servicio se convirtió en un centro de enseñanza. Además de los alumnos de la Facultad, empezaron a acudir de todos los rumbos del país grupos de médicos que venían a recibir los cursos especiales para graduados, que se vienen sustentando, año con año, desde 1933. La provincia, además, empezó a mandar médicos para que hicieran estancias de algunos meses, hasta familiarizarse con la disciplina nuestra. Y fue así como el Servicio empezó a proveer de técnicos preparados a otros hospitales, lo mismo de la capital que del interior de la república. Como avanzadas de este movimiento, Torreón, Monterrey, Guadalajara, Puebla, Veracruz y Mérida cuentan ya con técnicos distinguidos que honran al viejo Servicio donde se formaron.

Pero el rudo trabajo diario absorbía prácticamente nuestro tiempo. La atención de los enfermos asilados, la consulta externa cada día más numerosa y la labor constante de enseñanza, no nos dejaban tiempo para la investigación. La pobreza de nuestros laboratorios y la escasez de personal, venían a poner su peso negativo en la balanza. Es cierto que se investigaba, pero limitadamente; que se publicaban artículos y aun monografías, lo mismo dentro del país que en el extranjero, pero muy más acá de nuestros deseos. Es cierto que, al cerrarse, entrega el Servicio en prendas los trece volúmenes de su revista *Archivos Latino Americanos de Cardiología y Hematología*, correspondientes a trece años de labor no interrumpida, y que, a través de sus páginas, la escuela mexicana de

cardiología apunta tímidamente en el campo de la medicina internacional.

Pero esa situación no podía dejarnos satisfechos. Empezó a ser un motivo de disgusto con nosotros mismos nuestra conciencia de hombres de estudio. Trabajar, sí; trabajar atendiendo enfermos: nada más noble en la vida profesional. Enseñar, sí; llevar al alumno de la mano a través del aprendizaje, hasta ver cómo un alma dibuja su perfil: nada más alto en el plano espiritual. Pero eso, con ser mucho, no basta en la vida científica.

La obra queda trunca si no la anima un espíritu creador. Este "complejo de dioses fallidos" que rige nuestra vida y de que nos habla Salazar, es una fuerza que nos empuja más alto. Necesitamos la búsqueda inquieta, la investigación terca, una verdad que se esconda y que sea posible aprisionar. Necesitamos crear nosotros mismos, hacer ciencia nosotros mismos y no pasarnos la vida rezando las verdades y los errores que nos legaron otros.

Mientras no hagamos eso, seremos los eternos ignorados en el mundo científico y los eternos incapaces para resolver nuestros problemas de acuerdo con la realidad propia. Por no haberlo intentado antes carecemos hoy de esa ductilidad de espíritu que hace del cerebro el instrumento mejor para la creación de ciencia. Por no haberlo intentado nunca, nosotros, que tenemos tan noble tradición de arte, carecemos, en cambio, de tradición científica, que es como la tierra para los pies de Anteo, capaz de darnos fuerza por su solo contacto. En ciencia, más que en nada, no puede haber el mañana sin el ayer. Y si queremos vivir ese mañana han de empezar algunos por hacerse el ayer, raíz y base y apoyo de los que han de venir.

Cuando esa idea se grabó en lo hondo y se hizo convicción, las fuerzas todas de la voluntad concurrieron para hacerla propósito. Fue entonces cuando podría decirse que nació el Instituto, hace ocho años. Que nació, digo, porque antes de que las piedras se alzaran en toda su belleza, el Instituto estaba ya, íntegro, majestuoso, tal como ahora lo veis, en el espíritu que lo proyectaba en el tiempo.

No habré de deciros el esfuerzo de esos ocho años para darle vida material. Qué importa esa espera si pudo cumplirse el afán interior, la promesa callada de que el Instituto nacería un día, fatalmente, a su tiempo y en su hora, como el milagro de una gestación que clamara por el alumbramiento.

El Instituto está aquí, con un pasado que lo sustenta y con raíces que lo vivifican. Pero con algo más: con la visión clara de su destino. Es que sabemos bien lo que queremos, conocemos bien nuestro programa y nuestra meta. Queremos atacar el problema de las enfermedades del corazón y de los vasos, en todos sus aspectos, con la visión muy ancha: tratamiento y prevención, en la medida en que sea dable, investigación y enseñanza, obra social y obra humana.

El tratamiento implica el estudio y la atención de enfermos que son legión. Hemos querido ignorar hasta hoy que tenemos más de trescientos mil enfermos cardiovasculares, cifra cuando menos igual a la de los tuberculosos y mayor que la que arroja el cáncer. Y hay todavía quien diga que el problema nuestro no tiene importancia y que el Estado debiera preocuparse por otros males y no por éstos. Ignoran o fingen ignorar que a medida que progresan las condiciones médicas, sanitarias y sociales, hay menos

muerres por las enfermedades infecciosas; que son más los niños que llegan a hombres y más los hombres que llegan a viejos, de donde resulta que hay más candidatos a enfermar del corazón o de los vasos; ignoran también que en la actualidad el azote social que causa más muertes en la edad adulta no es la tuberculosis, no es el cáncer, sino este, precisamente, de las cardiopatías, callan el hecho de que estas plagas sociales, la tuberculosis, sobre todo, vienen siendo ya combatidas.

Allí están las redes de dispensarios, los hospitales, los sanatorios que en los últimos catorce años se han abierto, sin contar los que en estos momentos se construyen. Y en cambio, para el problema nuestro, sólo el Servicio de Cardiología del Hospital General, pequeño y pobre.

Por eso cuando oigo decir que no hay que gastar dinero en los cardiacos cuando hay otros enfermos que lo reclaman más, sonrío maliciosamente, acordándome de la fina frase de Benoit, ante el reproche de dar alimento a los animales cuando hay tantos hombres que carecen de él: "Sí, sí, ya os conozco, mis apóstoles compasivos; ése es un bello pretexto para no dar nada a los unos ni a los otros".

No pretendemos, naturalmente, atender en el Instituto a esa legión de enfermos; ni es posible ni sería conveniente que recayeran, como una carga, sobre el Estado. Nuestra consulta externa se encargará de guiar el tratamiento de aquellos que siguen en sus domicilios. Estamos preparados para proporcionar doce mil consultas de ésas anualmente y listos para doblar la cifra, si fuese necesario.



## Ceremonia Inaugural del Instituto Nacional de Cardiología



El presidente de la República, General Manuel Ávila Camacho, con el Ministro de Salubridad, Doctor Gustavo Baz.



El doctor Ignacio Chávez con el profesor Bernardo Houssay, Premio Nobel de Medicina y el doctor Arturo Rosenblueth.



Invitados a la inauguración del Instituto Nacional de Cardiología, Abril de 1944: doctores Samuel Levine, Duckett Jones, Louis N. Katz, Carl J. Wiggers, William Kerr, Paul D. White, Harold B. Pardee, Ch. Wolfert, Agustín Castellanos, E. García Carrillo, George R. Herrmann. Con ellos, los miembros del Instituto, Ignacio Chávez, Salvador Aceves, Manuel Vaquero, Isaac Costero, Arturo Rosenblueth, Alfonso de Gortari, Armando Cuéllar. Demetrio Sodi Pallares, José Manuel Rivero Carballo, Luis Méndez, Narno Dorbecker, Nicandro Chávez, José F. Rulfo, Felipe Mendoza, Patricio Benavides, Sergio Novelo, Mario Vizcaíno, R. F. Pellón, Flavio Jiménez Romo, Francisco Guerra, José Miguel Torre, G. Montaña, A. Patrón, E. Sada Quiroga y otros más.

El capítulo de prevención de las cardiopatías es para nosotros uno de los más tentadores. Tenemos en la mano la de las enfermedades lúeticas y carenciales; prácticamente no sabemos nada de la prevención de las degenerativas; pero estamos quizá llegando a la otra orilla del conocimiento en lo que toca al reumatismo cardiaco. De momento, es cierto, no sabemos su esencia; pero sí sabemos de varios factores que lo condicionan, vetas del conocimiento que quizás nos lleven a realizar la prevención de ese mal, el de efectos más dolorosos porque escoge sus víctimas en la niñez y en la juventud.

La investigación científica, ya he dicho, constituye la más alta razón de ser de nuestro Instituto. Investigación clínica y de laboratorio, de ciencia pura y de ciencia aplicada, la que interesa a cualquier técnico de cualquier parte y la que explora precisamente la realidad mexicana: nuestra flora medicinal, nuestros recursos en balnearios, nuestros problemas de clima y de altitud, nuestros factores raciales, nuestra geografía médica, para no citar sino algunos.

El campo tiene la vastedad de la ciencia misma. Pero en él resalta, más que en ningún otro, la importancia del hombre, como factor primordial; los aparatos son mudos si la mente humana no ve. Por eso el interés de contar con trabajadores selectos, preparados, devotos de su disciplina. Gentes que lleven la chispa interior, la pasión a flor de piel por su trabajo.

Del grupo de médicos que vienen a trabajar a esta casa, un buen número han sido enviados al extranjero, en los últimos cuatro años, para dominar un campo concreto, un

tema preciso de los que se requieren para la investigación. No es fuerza que os diga los temas mismos; sería tanto como deciros el catálogo de nuestras preocupaciones. Dondequiera que había una falla en nuestro programa o un hueco en nuestras filas, el Instituto, con toda anticipación, se dio a la tarea de formar sus técnicos; a formarlos aquí, si era posible; a formarlos fuera, cuando era necesario. Y hoy puede enorgullecerse de haber reunido el grupo selecto de trabajadores que su función reclama. Y se enorgullece también de haber podido incorporar a su seno a un cierto número de investigadores de alta jerarquía intelectual y de renombre ya consagrado.

Los elementos humanos, como veis, están listos; el equipo técnico es excelente; el momento es propicio. Esperamos confiados que la conjunción de estos factores se traduzca en una producción científica digna del esfuerzo que México ha realizado para hacerla posible.

Por lo que toca a la función de la enseñanza, la experiencia de estos diecisiete años, que lo fueron también de preparación, nos marca por sí sola el camino que debemos seguir. Tenemos que difundir los conocimientos de nuestra especialidad al mayor número posible de médicos generales, para que sean como una avanzada por todos los rumbos del país. Los estudiantes de medicina podrán venir aquí para adquirir la doctrina de base, los conocimientos esenciales, lo fundamental que todo médico debe saber de nuestra disciplina, cualquiera que sea la que él cultive más tarde.

Vendrán también, como en el pasado, los médicos generales que deseen renovar





periódicamente sus conocimientos. Año con año seguiremos impartiendo los cursos para graduados; agregaremos cursos monográficos para los que ya saben, pero que desean seguir ahondando en la cardiología. Hemos recibido solicitudes para que sustentemos cursos de verano destinados a médicos de habla inglesa; organizaremos trabajos de seminario para revisar periódicamente los temas que están trabajando nuestros investigadores.

Como un complemento de esta obra docente, hemos establecido el internado, para recibir nueve médicos jóvenes a los que el Instituto ofrece alojamiento, alimentos, enseñanza y un modesto salario. Tres de estas plazas se reservan exclusivamente para

médicos de provincia, enviados por sus facultades de medicina o por sus hospitales, para que sean reciamente entrenados y vuelvan después a su lugar de origen, ayudándonos así a descentralizar nuestra especialidad.

Sabemos que el problema médico no se resuelve desarrollando al máximo la cardiología en la capital y dejando en abandono la provincia. La mayor parte de la población de México está afuera, la mayor urgencia de contar con técnicos preparados está afuera. Queremos evitar que los enfermos tengan que emigrar a la capital para recibir una atención adecuada. Queremos que en todos los centros importantes cuente el país con técnicos expertos. Pugnamos así por justificar

el nombre que nos dieron de Instituto Nacional.

Pero somos más ambiciosos. No sólo técnicos suficientemente preparados, también queremos formar especialistas en toda su amplitud, mediante una larga preparación de años. Cuando éstos se establezcan en los sitios propicios de la república, veremos surgir y florecer nuevos centros de estudios que rivalicen, en noble emulación, con el nuestro.

El auge cultural no debe ser patrimonio del centro, si no queremos acentuar con el tiempo desniveles de cultura que rompen con la unidad nacional y con la tradición que heredamos. Al lado de México han florecido desde hace siglos, escuelas y universidades en Morelia y en Guadalajara, en San Luis y en Puebla, en Oaxaca y en Mérida. En los tiempos últimos, las ciudades de reciente esplendor reclaman un lugar en las filas y Monterrey, Mazatlán, Tampico, Veracruz y otras, luchan por hacer su tradición universitaria.

Pero aún queremos más, en un alarde patriótico, que esperamos no se nos tache de arrogante. Dos de las plazas del internado las reservamos para médicos extranjeros, preferentemente del mundo que habla español. México ha sido hasta hoy centro de radiación cultural y científica para casi todos los países hermanos del continente. Aquí se forman, en nuestra Universidad, muchos de los hombres de estudio de Hispanoamérica. En las bancas de nuestras escuelas se incuba gran parte de nuestro prestigio en el exterior. Y necesitamos no perder ese prestigio ni la autoridad moral que de ahí emana. Necesitamos, al contrario, acrecentar esa situación de privilegio que nos brindó el

destino. Y no hay mejor forma, en nuestro campo, que brindarles a ellos las mismas facilidades que a los nuestros.

Si México es el primer país en el mundo que funda un instituto de cardiología; si su organización especial lo vuelve propicio a la enseñanza; si aquí no encuentran los que vengan el muro del idioma y si un sentido ancestral de la hospitalidad nos hace abrir muy anchas las puertas de esta casa, es natural que de toda América puedan venir los estudiosos, unos para abordar los temas generales de la cardiología, otros para un aprendizaje concreto y otros más, para una investigación definida. De hecho, tenemos ya solicitudes para ocupar esas plazas y hemos recibido consultas amigas de los que quieren venir a los laboratorios de investigación. México cumple así su vieja tradición de hospitalidad, a la vez que refuerza su prestigio afuera, y eso en el campo más limpio y más fecundo, el de la cultura. En esta vez, hablará por la raza nuestro espíritu.

Pero en todo este programa que tiende a cubrir las múltiples facetas que presenta el problema científico, hay un aspecto que no puede quedar en la sombra, y es el aspecto social y humano. Ya he clamado otras veces contra el frío de muerte que hay en nuestros hospitales, contra la soledad y el desamparo que envuelve a nuestros enfermos. Ya he gritado que un hospital no debe ser solamente un local amplio y cómodo, ni un equipo moderno, ni un grupo de hombres sabios que prodiguen su ciencia, ni un centro de altas investigaciones. Debe ser todo eso, pero ha de ser algo más. El hombre que allí va en demanda de asilo no es masa amorfa ni carne de experiencia. Es un hombre que sufre. Es un dolor que impreca o es un ansia humilde

que espera. Y ni el local cómodo ni el médico sabio son bastantes a entibiar la atmósfera que rodea su cama de vencido. Se necesita el aliento humano, la voz amiga, la palabra consoladora. Hospital para hombres, que tenga un pálido reflejo del hogar; hospital donde los médicos y las enfermeras, además de su ciencia, prodiguen su bondad.

Ese mismo clamor de otros tiempos sigue, como una brasa, escondido en los labios. Ahora no será la voz que clama en el desierto. Nuestro servicio social irá en ayuda de los desvalidos, para hacerles posible su tratamiento; irá en ayuda de la familia, para que no caiga en desamparo; en ayuda del cardíaco de actividad limitada, para que pueda bastarse a sí mismo; intentará la reeducación profesional del obrero, para que el trabajo no le cobre, como Shylock, en onzas de carne y vida, la trágica necesidad de producir, y buscar la forma de que el inválido del corazón no se suicide lentamente con el esfuerzo ni se convierta en carga para los demás.

Tal es, señores, bosquejada en unos minutos, la obra que se ha planeado en muchos años. No habría podido realizarse, seguramente, si ayudas generosas no hubieran venido a su encuentro. Ninguna ocasión como ésta para hacer pública expresión de agradecimiento a los benefactores de esta casa. Enrique Hernández Alvarez y Roberto Medellín, espíritus de bondad, limpios de todo pecado de egoísmo, fueron los primeros en prohijar la idea, 1936, cuando fue sometida a la antigua Junta de Beneficencia. Cubrieron el valor de los planos, cedieron el terreno, desataron el impulso, que desde entonces no se ha detenido nunca.

Vinieron después en el tiempo, Gustavo Baz, Salvador Zubirán, Eduardo Suárez y Eduardo Villaseñor, espíritus generosos y comprensivos que se constituyeron en patrocinadores de este Instituto. Ayudaron a obtener subsidios con los cuales iniciar la obra; combatieron por esta casa cuando soplaron vientos de incompreensión e iniciaron para ella la formación de un patrimonio.

Cuando más tarde, por obra de su valer propio, los dos primeros fueron nombrados secretario, el uno y subsecretario, el otro, de la Asistencia Pública, ellos le dieron a este Instituto todos los elementos necesarios para concluir el edificio y para equiparlo generosamente. Pero le dieron algo más. Como su don mayor, le dieron carta de autonomía técnica y administrativa.

En el momento de nacer, este Instituto, órgano del Estado, disfruta de toda libertad para regir su vida y buscar su ruta, fuera de todas las complicaciones burocráticas, lejos de todas las marejadas de la política, libre en su técnica, libre en su administración. El gobierno de la república, en un gesto soberbio, nos dio esa carta que asegura nuestro futuro. El Estado nombra un Patronato y en sus manos pone el gobierno y la responsabilidad de este Instituto. A los cuatro antiguos patronos ha agregado uno más: el ingeniero don Evaristo Araiza. El prestigio de esos cinco hombres responde ante la nación de que el Instituto cumplirá limpiamente su destino.





Delegación de Estados Unidos de América en la inauguración del Instituto Nacional de Cardiología: Harold Pardee, Samuel Levine, Carl J. Wiggers, Paul D. White, Frank N. Wilson, Ch. Wolferth, Paul Duckett Jones, Louis N. Katz, George Herrmann.

Como un símbolo de que la acción que proyectamos no admitirá lindes estrechos, un grupo selecto de investigadores, representativos de la cardiología de nuestra América, ha querido asociarse a esta inauguración. La prestancia de sus figuras realza la solemnidad de esta hora. Mañana

mismo iniciaremos las sesiones cardiológicas, donde ellos y nosotros, en afectuosa camaradería, discutiremos nuestros problemas y expondremos nuestra experiencia. El Instituto guardará para ellos, por esta prueba de comprensión y simpatía, la más viva gratitud.

Ha llegado la hora de ponerse al trabajo. Es el momento de alzar la cara hacia el futuro. Si cuando el tiempo pase, este Instituto en que cuajó el esfuerzo de mi vida, llega a ser lo que quise; si cumple limpiamente su destino y es, de verdad, un centro de estudio y de trabajo; si la investigación que aquí se haga aumenta en algo la ciencia y refleja, de paso, un poco de prestigio sobre México; si los enfermos que aquí vengan hallan en esta casa un tibio remanso de paz, en donde el hombre tienda la mano al hombre; si el escudo que nos dimos vale por juramento cumplido y el amor y la ciencia se ponen de verdad al servicio del corazón; si todo eso que me propuse realizar se realiza algún día y cae después, como una bendición o una lágrima, sobre la frente de mis hijos, ese día podré morir en paz.

Dr. Ignacio Chávez

#### Referencia

Ignacio Chávez; Discursos y Conferencias. El Colegio Nacional, México, 1997. PP 382-390. Inauguración del Instituto Nacional de Cardiología.

En especial agradecimiento al Dr. Álvaro E. Reyes Quintero.

Dr. Pedro Iturralde Torres